



Verdad **RETO**

Helena Pinén



Verdad
RETO

Helena Pinén

Verdad
RETO

Helena Pinén



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2025
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, febrero 2025
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-93-7
Depósito Legal: CS 910-2024

© del texto, Helena Pinén
© de la cubierta, Borja Puig
Corrección, María Coma

Código THEMA: FR

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*Con cariño, a todos los que habéis creído en mí.
Con todo mi respeto y afecto, a todas
las Catalinas y Linas del mundo.
Sois increíblemente fuertes.*





—¿Soy yo o ese tío no te quita los ojos de encima?

Su mejor amiga se le acercó al oído para que pudiera escucharla bien por encima de la estridente música del local. Catalina la miró como si estuviera loca. Que hubiera un hombre pendiente de ella era el último de sus problemas.

Estaba celebrando que cumplía treinta años en una discoteca, donde había más chavales de dieciocho que personas adultas. Estaba allí con varias amigas... de las cuales la mayoría ni siquiera la habían llamado para preguntarle cómo estaba cuando se habían enterado de que se divorciaba.

Considerando que odiaba la música alta y el alcohol, y que estaba molesta con el grupo de mujeres que rodeaba la diminuta mesa redonda abarrotada de bebidas exóticas, no estaba llevando a cabo el plan ideal.

Por no hablar de que Catalina nunca había imaginado llegar así a la treintena.

Empezaba a tener arrugas alrededor de los ojos, le volvía a salir acné cuando le bajaba la regla, había engordado dos tallas por la ansiedad y llevaba dos meses en el paro porque no quería seguir trabajando con su exmarido. Sonaba

terriblemente patético para alguien que siempre había planificado el futuro al milímetro.

No le apetecía ser esa Catalina que trataba de poner buena cara, anteponer los pensamientos positivos a los negativos o hacer cosas que le gustaban para reencontrarse consigo misma después de un divorcio traumático. Quería regodearse un poco más en la autocompasión. Tenía derecho a ello, ¿no? Se suponía que iba a pasar la noche con Andrea, viendo una película, comiendo palomitas dulces y pizza para luego soplar las velas en una pequeña magdalena rellena de crema de cacahuete. Ni siquiera eso se le había cumplido, así que estaba segura de que bien podría continuar con la cabeza bajo el ala un ratito más. Ya encontraría tiempo de pelear por un nuevo futuro al día siguiente, con la cabeza más despejada y un ambiente relajado en casa.

Si no fuera por el codazo que le dio Andrea, seguiría mirando con pesadez la copa de refresco que sostenía y que todos creían que era alcohol.

Obligándose a fingir algo de curiosidad, a sabiendas de que no se acostaría con nadie porque no concebía el sexo sin un mínimo de confianza, desvió la mirada. Buscó al tipo que parecía estar pendiente de ella y no tardó en encontrarlo.

Catalina debía aceptar que era atractivo. A pesar de la distancia y de que estaba sentado en un taburete, se podía apreciar una figura alta y fornida; de hombros anchos y cadera estrecha, tal vez. Llevaba traje, a diferencia de los hombres que había por allí, lo que lo hacía parecer un

elefante en un hormiguero. Todo él emanaba elegancia y opulencia a pesar de la luz azul y roja que le bañaba la cabeza.

El pelo era oscuro y un mechón le caía con despreocupación sobre la frente. Catalina no podía adivinar el color de sus ojos, pero debía admitir que era un rostro que llamaba la atención: nariz recta, labios llenos, una barba de varios días también oscura que dejaba entrever una mandíbula cuadrada. No parecía tener ni un solo defecto físico, bien podría ser modelo.

—¿Vas a hacer algo? —La pregunta de su mejor amiga la hizo parpadear y centrar su atención en ella.

¿Sexo? ¿Amor? No, aquel no era el modo en que quería terminar la noche. Estaba contando los segundos para poder marcharse a casa, quitarse la ropa, los zapatos de tacón y estirarse en la cama, acompañada del único ser masculino que le iba a ser fiel hasta el final: su gato.

Solo Hades era de fiar.

Negó con la cabeza.

—¿Qué?! —Andrea abrió la boca, pasmada.

Sintiendo ese par de ojos fijos en su perfil, como dos brasas calientes caldeándole la mejilla, encogió un hombro y movió la pajita en el refresco, jugueteando con los hielos.

—Sabes que no.

—¡Oh, vamos! ¿Lo has visto bien?

El tono incrédulo quedaba muy bien en la pregunta. A pesar de estar en un lugar mal iluminado y muy abarrotado, ese hombre era magnético. Por el rabillo del ojo, podía apreciar que continuaba inspeccionándola desde su tabu-

rete. De tanto en tanto, miraba a su colega a su lado, asentía y decía algo, pero luego regresaba hasta el punto donde se hallaba ella.

—Fran ya no está en tu vida —le recordó su mejor amiga, dándole un codazo que la hizo dar un bote.

Siete palabras. Habían bastado siete palabras para que la herida a medio cicatrizar escociera.

Quizá el hombre miraba a Andrea. No sería la primera vez que creían que era Catalina el objeto de deseo y luego no era así.

Sin embargo, cuando su mejor amiga dio un salto del taburete y se unió al *selfie* que sacaba una de las chicas, la mirada del tipo continuaba anclada en ella. Catalina tragó saliva. Cohibida, desvió rápidamente los ojos hacia su copa y le dio un sorbo a su bebida.

Desde que se había divorciado, solo había estado con dos hombres. El primero había sido un intento desesperado de recuperar la autoestima y, tras dos citas horribles, la experiencia en la cama había sido aún peor. Tanto que había decidido eliminarlo de sus redes sociales para tratar de olvidar su nombre. No había vuelto a hablar con él; para ser justos, él tampoco la había buscado ni le había vuelto a escribir. Catalina había recuperado la aplicación de citas porque Andrea se lo había pedido unas semanas después. Entonces, había conocido a un hombre muy simpático, amable y respetuoso. Entre ellos había una conexión, una chispa de amistad que podía ir a algo más, lo que a Catalina solía bastarle para dejarse llevar hacia el sexo, pero las dos

veces que se habían acostado no habían sido lo que se dice espectaculares. No había química. Forzarla tratando de enamorarse el uno del otro sería un error, por lo que Julio y ella habían decidido ser solo amigos. De eso hacía más de un año. La aplicación seguía instalada en el teléfono, pero sin que ella la utilizara; con varias notificaciones que no tenía intención de abrir.

Lo cierto era que Catalina no estaba lista para el amor, así que tal vez lo suyo con Julio había salido mal porque se había encargado de boicotear la relación. Que en la cama no hubiera fuegos artificiales había sido la excusa perfecta para marcar distancia y alzar un muro de negativas entre ambos. ¿Cómo aceptar de nuevo algo tan bello tras la experiencia que había vivido, después de cómo le habían roto el corazón y hundido su amor propio? Hacía dos años de su divorcio, pero ella todavía continuaba presa de los recuerdos, del dolor. Abandonar el trabajo para dejar de ver a Fran había sido un gran paso para sanar, pero quedaba un largo trayecto por delante.

Se riñó. Posiblemente su psicóloga le diría que debía dejar de pensar en las expectativas y aceptar la mochila que llevaba sobre los hombros. Sí, ya no era tan joven, puede que no tan delgada ni tan bonita; puede que estuviera divorciada y aún no hubiera tenido hijos, pero eso no significaba que no pudiera disfrutar del presente.

De aquella noche.

De aquel hombre.

—¡Vamos a bailar! —gritó Carmen, una de sus amigas,

sacándola de sus cavilaciones. Todas chillaron, levantando las copas.

Con el corazón en un puño, Catalina las observó por encima de su copa y se preguntó en qué momento, incluso, las había perdido a ellas. Se sentía un verdadero extraterrestre a su lado. No compartía sus aficiones ni sus metas, ni siquiera sus gustos. Desearía estar en cualquier otro lugar, sin ellas. En algún punto del camino, cada una había seguido el suyo propio y descuidado a las demás; todas habían actuado así. Saltaba a la vista que se encontraban en ciclos vitales diferentes, como Carmen, quien salía de fiesta por primera vez en tres años tras haber dado a luz a sus gemelos. Ya no tenían nada que ver las unas con las otras, pero no cortaban el vínculo. Algo les impedía decir adiós.

Andrea se giró hacia ella y su sonrisa se apagó al punto, tal vez al darse cuenta de que no compartía el entusiasmo del grupo. Se acercó para volver a sentarse a su lado.

—¿Vienes a la pista? —le preguntó con los ojos llenos de esperanza.

La sonrisa de Catalina debió ser respuesta suficiente porque su amiga suspiró, suavizó la expresión y la abrazó con todo el amor que guardaba. Andrea era una mujer de ambos mundos. Disfrutaba bailando en un local como aquel y también de la calidez tranquila de una manta, un buen libro y una buena infusión. Y Catalina sabía bien que no era la fiesta que habían planeado y que su mejor amiga se detestaba por haberse dejado llevar por las demás.

—Avísame cuando llegues a casa.

Catalina se sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y se lo enseñó, no sin antes ver de refilón que ya eran las dos y media de la mañana. Lo movió delante de sus ojos como promesa de que iba a mandarle un mensaje de que estaba sana y salva en su apartamento.

—Lo haré. Diviértete. —Le guiñó un ojo.

Su tono jovial no iba a detener el sentimiento de culpabilidad de su mejor amiga, pero quiso intentarlo. No quería amargarle la noche a Andrea. Alguien merecía disfrutar de aquella fecha señalada.

Contempló cómo esta armaba una excusa ante sus amigas para que la dejasen sola en la mesa. Posiblemente les dijo que ella se uniría en cuanto se terminase la bebida. Nada más lejos de la verdad. Se tomaría el refresco porque le había costado un ojo de la cara y luego se marcharía a casa.

Con un suspiro de alivio, Catalina se relajó en el taburete en cuanto las perdió de vista. Cerró los ojos mientras deslizaba el teléfono sobre la mesa y lo ponía bocabajo. Ojalá pudiera evadirse con facilidad, pero el retumbar de los enormes altavoces se clavaba en su pecho y su corazón se acompañaba a semejante locura de ritmo. ¿Cómo iba a vaciar la mente? Ni siquiera la música era buena.

—Joder, me he hecho mayor de golpe —se quejó en voz baja antes de erguirse y darle otro sorbo a su refresco. El agua del hielo desvanecía el gas por minutos.

No se reconocía en el espejo. Nada tenía que ver con su físico, sino con la persona que era. Antes del divorcio había

destacado por su vitalidad: le gustaba escuchar reguetón de los años dos mil mientras limpiaba, leía cualquier libro que le cayera en las manos, tomaba algo con los compañeros de la oficina al salir del trabajo, iba al teatro y al cine, daba largos paseos por la playa al atardecer. Aunque ahora estaba en el paro y salía a pasear por el barrio cuando iba a comprar, la música que sonaba en sus auriculares siempre era triste o instrumental; había dejado de leer o ir a la playa, y la única persona a la que veía aparte de sus padres y la terapeuta era Andrea. Se había aislado. En realidad, lo estaba haciendo por el bien de la humanidad. Los últimos meses antes de su dimisión, sus compañeros habían empezado a rehuirla. Se había vuelto un ser taciturno, callado, que solo abría la boca para quejarse o protestar.

Empezaba a ver la luz al final del túnel. Ir al psicólogo la había ayudado. Había empezado a hacer ejercicio en casa con vídeos online, había hecho un cambio de armario para empezar a buscar trabajo y había comprado un par de libros, los cuales no había tocado aún, pero que la observaban desde la mesita de noche, esperando que tuviera el valor de coger uno de ellos.

Rezongó mientras tamborileaba los dedos de la mano libre sobre la funda del teléfono.

—¿Está libre?

La voz era profunda y ronca. A Catalina se le erizó el vello de la nuca y el corazón se le aceleró. Había estado tan concentrada en su bebida, en lo perdida que estaba, que no se había percatado de que el desconocido de traje se había

aproximado a ella hasta sentarse en el taburete que instantes antes había ocupado Andrea.

Con disimulo, cogió aire por la nariz y se volvió hacia el hombre. Su presencia emanaba calor; irradiaba una calidez peligrosa a través de la ropa, que parecía hecha a medida. A pesar del olor del ambientador que salía de varios dispensadores escondidos, una leve oleada de fragancia masculina empezó a envolverla. Hasta el perfume era caro. Catalina pensó que, aunque a ella le gustaba lo lujoso, no podía permitirselo. Aún pagaba su móvil de última generación a plazos y eran sus padres quienes le regalaban colonias o maquillajes de marcas que no podría pagar jamás por cuenta propia; el hombre y ella no podían ser más diferentes.

—Todo suyo. —Se obligó a sonreír—. De hecho, yo ya me marchaba.

Tras sentarse, él se inclinó y su aliento le rozó la oreja. Catalina se dijo que lo hacía para que lo escuchase mejor.

—¿Tan pronto?

Debería estar bajando del taburete, cruzando la pasarela y buscando la puerta, no allí paralizada porque dos preguntas de lo más escuetas le hubiesen provocado escalofríos que descendían directamente de su garganta hacia más allá de su ombligo.

Una señal de neón rojo apareció tras sus párpados, señalándole el peligro.

—No me apetece estar aquí.

Había hablado de más. Se mordió la lengua y, dicién-

dose que era una idiota, le dio un sorbo a la bebida. Se dijo que no era para tanto. Lo bueno de los desconocidos era que casi siempre serían solo eso: desconocidos. Admitir que se sentía como pez fuera del agua sería vergonzoso si se tratase de alguna amiga, pero no de alguien a quien no vería nunca más.

Él enarcó una ceja. Era imposible saber cuál era el color de su mirada. Diablos, eso lo hacía más misterioso todavía.

—Qué curioso. ¿Y dónde querrías estar?

A Catalina no se le había pasado por alto que la había tuteado.

Ahora que el hombre había formulado un par de frases, Catalina pudo distinguir un acento intenso en su voz. Era extranjero, pero hablaba muy bien el castellano. ¿Quizá era un turista?

—Buena pregunta —respondió.

—¿Entonces no puedo invitarte a otra copa?

Se decepcionaría si supiera que no estaba bebiendo alcohol ni gozándolo en un lugar tan exclusivo. Sabía bien que sus amigas habían pagado un ojo de la cara por su entrada.

—Creo que, si quiere conversación, no soy la mejor compañía —contestó. Si el hombre esperaba poder alardear delante de sus amigos que había ligado con una española, no iba a ser ella la muesca que apareciera en el cabecero de su cama.

—¿Qué te hace pensar que busco compañía?

La pregunta impactó de lleno en el estómago de

Catalina y hasta la señal de neón parpadeó, perdiendo fuerza.

¿Cómo podía haber malinterpretado las señales? Ese hombre no había dejado de mirarla, incluso se había acercado en cuanto sus amigas se habían marchado y había intentado llamar su atención con preguntas absurdas que nadie respondería en un ambiente como aquel. ¿Ahora le decía que no estaba interesado en ella?

—Pensaba que estaba tratando de ligar conmigo. —Fue honesta. Encogió un hombro, restándole importancia, pues no tenía intención alguna de acostarse con él. Saltó del taburete y él hizo lo mismo—. Siento el error.

Maldición, el tipo era muy alto. No se había dado cuenta hasta que ambos se pusieron de pie. Él le sacaba más de una cabeza. Para su sorpresa, Catalina se encontró echando la suya atrás para poder continuar mirándolo a los ojos.

La sonrisa del tipo fue genuina y, mierda, era una sonrisa muy bonita. Incluso le llegó a los ojos y varias arrugas surgieron alrededor de sus párpados.

Él bajó el rostro para que su aliento volviera a rozarle la oreja y que, así, su voz clara y grave se escuchase por encima de la música y las risas estridentes de aquellos que ya iban algo bebidos.

—Lo cierto es que sí estaba intentando llamar tu atención. Siento haber reaccionado así, no esperaba que me dieras calabazas tan pronto.

Su sinceridad la empujó a morderse el labio inferior; no

querer saber nada de amor ni de sexo no impedía que su ego se inflase como un pavo real cuando un hombre tan atractivo confesaba que quería llevársela a la cama. El gesto captó la atención de su interlocutor y Catalina se apresuró a tratar de aparentar normalidad.

—No pretendía incomodarte —dijo él.

Catalina se puso de puntillas para poder acercarse a su oído también. La conversación iba a terminar a gritos e iba a parecer que estaban discutiendo; si Andrea los veía desde la pista de baile, no tardaría en subir hasta la plataforma de las mesas para ver qué ocurría.

—No soy esa clase de tíos que...

—No te preocupes —lo cortó. Sabía bien que, en cuanto desapareciese, se buscaría otra. Quizá Andrea. El pensamiento le retorció el estómago. Catalina quiso echar mano a su refresco para hacer desaparecer aquel revoltijo de sentimientos encontrados que no sabía ni cómo descifrar—. Me he divorciado hace poco y no me siento... tan preparada para ligar.

¿Qué demonios estaba haciendo? Admitir que aquel garito abarrotado, ruidoso y ostentoso no era su estilo era una cosa; hablar de su vida personal era otra muy distinta.

—Vaya. Lo lamento. —El gesto del hombre pareció sincero cuando esbozó una mueca—. Pero —ladeó la cabeza y sus labios calientes le rozaron el lóbulo de la oreja, haciendo que la respiración de Catalina se entrecortase— déjame decirte que él se lo pierde.

No se le ocurrió qué decir. Desconocía si estaba

impactada o impresionada por el cumplido. Julio jamás había hecho semejante comentario; nunca la había halagado de aquel modo, a pesar de saber de dónde provenían sus heridas e inseguridades.

—¿Entiendo que no puedo hacer nada para evitar que te marches ya?

—No —respondió Catalina, aunque una parte de su cerebro había estado a punto de aceptar. ¿Sería el calor que emanaba de su cuerpo? ¿Su olor? ¿Su voz, el roce de sus labios? ¿Esos ojos que se habían clavado en ella con tal intensidad que la habían hecho sentirse vulnerable y *sexy* al mismo tiempo? Fuera como fuera, había estado a punto de ser traicionada por un instinto muy primitivo que había creído olvidado—. Quizá otra noche.

Sonrió para hacerle comprender que, efectivamente, se iba; que aquello era una despedida y que jamás volverían a coincidir, por más que acabase de decirle que, tal vez, lo harían en otro momento.

Alguien la empujó en ese preciso instante. Trastabilló y cayó sobre el hombre, quien la sujetó con rapidez por los codos. Debía concederle que no había aprovechado la situación para acercarla de más y tratar de seducirla, aunque sus pechos se rozaban y sus respiraciones se entremezclaban, al igual que sus miradas se enredaban todavía más gracias a los centímetros que se habían recortado.

El corazón de Catalina se saltó varios latidos y, por cómo la calidez corporal masculina la rodeaba, no podía engañarse a sí misma: nada tenía que ver con el empeñón.

El cartel de neón añadió varias señales acústicas, pero Catalina apenas las escuchaba.

Llevaba un año sin salir con nadie, sin recordar cómo era tener las manos fuertes de un hombre sobre su cuerpo, aunque fuera en los codos. Pese a su confianza y a su determinación a regresar a casa sola, en ese momento, no recordaba los motivos que le impedían darle a ese hombre lo que claramente buscaba.

—¿Estás bien? —preguntó él. La ayudó a volver a poner los talones sobre el suelo y la soltó al fin. La corriente eléctrica que había recorrido sus brazos continuaba palpitando bajo la piel. ¿Era la única que había notado aquella especie de sacudida?

—Sí, perdona. No quería asaltarte.

A Catalina no le pasó desapercibida la mirada asesina que le lanzó al chaval que la había empujado al pasar por su lado, aunque su mirada pronto volvió a desviarse hacia ella y a suavizarse.

En cuanto se vio liberada del ligero agarre, el hechizo se rompió como si un niño hubiera clavado una aguja en un globo. En un parpadeo, el club dejó de dar vueltas y se estabilizó. El deseo que había empezado a arremolinarse en su vientre se disipó. Se sintió idiota por haber caído en la red de un verdadero encantador de serpientes con algo tan simple como un roce de pieles.

Cogió la chaqueta de un tirón y se la puso a toda prisa.

—¿Quieres que te acompañe a la salida?

¿Por qué una parte de ella esperaba soltar alguna contes-
tación ingeniosa y seductora?

¿Por qué una parte de ella estaba teniendo esos pensa-
mientos que la hacían empezar a sudar?

—No, no es necesario. Buenas noches.

Se marchó a toda prisa, sin saber si iba a arrepentirse de irse. Quizá Andrea tenía razón y debía empezar a hacerse a la idea de que Fran ya no era su marido, de que no le debía nada, de que estaba soltera para hacer y deshacer a su antojo. Fuera como fuera, en cuanto se vio en la salida y rechazó que el portero le pusiera un sello en la mano para dejarla entrar si se lo repensaba, se dijo que ya era tarde. El turista habría encontrado otra presa, que sería más libre que Catalina y que estaría dispuesta a olvidar el mundo real para vivir una noche de ensueño.



Tristan observó, con una ceja enarcada, cómo la chica que llevaba llamándole la atención toda la noche se desvanecía. Una extraña sensación le revolvió las entrañas y se encontró apretando los puños, como si quisiera retener el calor que la piel desnuda de sus brazos había tatuado en sus dedos.

La chica le había dicho que aquel no era su lugar, y estaba en lo cierto. Se veía a leguas que no encajaba para nada en aquel ambiente. En su forma de moverse, de interactuar con la amiga que se sentaba a su lado, se podía apreciar una inocencia y una tristeza que no era lo que se esperaba de una chica joven, rodeada de conocidas, que acudía a un club lleno de música, gente y alcohol. Sin embargo, no era aquel halo extraño de angustia lo que le había hecho mirar hacia ella y quedarse todo el rato contemplándola.

Era su rostro.

Era expresivo, tanto que podía ser un libro abierto para que cualquiera que le prestase un mínimo de atención supiera leerlo. Era hermoso, con las facciones suaves, que se volvían radiantes cuando sonreía. Cada vez que curvaba los labios ante su amiga, el corazón de Tristan se aceleraba y la bragueta le tironeaba.

Por lo menos había podido ser testigo de una de esas sonrisas, pues la chica le había concedido una al marcharse. Era pequeña, tierna, delicada; puede que incluso incómoda, pero toda ella había vibrado al esbozarla.

Estaba divorciada. Solo un idiota sin dos dedos de frente la habría dejado escapar. Debajo de esas capas que se ponía frente al mundo, había un ave fénix empezando a renacer. Tristan, quien estaba acostumbrado a entrever las intenciones, virtudes y defectos de las personas, podía apreciar a una mujer fuerte y orgullosa. Tan solo había olvidado que lo era y necesitaba recordarlo.

Dios, daría lo que fuera por poder recordárselo.

Había rozado por accidente su oreja y le había sido tan fácil imaginarse mordiendo aquel lóbulo, lamiendo la sensible piel de detrás hasta arrancarle un gemido. Había sido un milagro que su erección no hubiera sido evidente estando tan cerca el uno del otro.

No comprendía por qué no podía dejar de observar la escalera por la que ella había descendido y lo había dejado atrás. Cuando sus amigos lo habían visto tan pendiente de cada movimiento que hacía desde la distancia, le habían recordado que no era su tipo. Tristan solía preferirlas pelirrojas, de sonrisa aprendida e impuesta por la sociedad neoyorquina, y tan altas que pudieran mirarse a los ojos sin necesidad de dejarse las cervicales en ello. Ciertamente, esa chica no encajaba en su molde: era más bajita, poseía más curvas y no se molestaba en esconder sus sentimientos, a no ser que fuera para proteger a sus acompañantes. Jamás se

había sentido atraído por alguien así y, no obstante, allí estaba, sintiéndose como una colilla aplastada porque le hubiese dado calabazas.

Era una de las mujeres más guapas que había visto en mucho tiempo... y no le había hecho el menor caso.

Tristan se había quedado en blanco. No solo porque era la primera vez que una mujer declinaba su compañía, sino porque al tocarla le había recorrido una llamarada de fuego que se había colado bajo su piel. Nunca le había sucedido. Nunca había sentido esa atracción, esa especie de conexión tan primitiva con nadie. Pero debía respetar sus deseos y dejarla marchar.

Joder, ¿acaso había hecho algo mal? ¿Acaso se había olvidado de cómo ligar? ¿Tantas horas en el trabajo le habían secado los sesos y vuelto torpe? ¿Quizá había elegido un traje demasiado serio para un lugar tan descarado? ¿Había algún modo de volver atrás en el tiempo y hacer las cosas bien? Algo le decía que había dejado escapar una oportunidad magnífica de pasar una noche estupenda y conocer a alguien interesante. ¿Cómo revertir la situación?

No importaba. Nunca volverían a verse y aquella certeza le hundió los hombros. Barcelona era enorme. Muchos la tomarían por un pueblo comparado con Nueva York, pero Tristan había aprendido a apreciar los lugares grandes y que las casualidades a veces solo ocurrían una vez en la vida.

Por el rabillo del ojo vio a alguien acercarse a la mesa que habían ocupado las chicas hasta momentos antes. Se dio

cuenta de que había un teléfono y que un chico alto y rubio, sin duda extranjero, lo cogía. No era suyo. Recordaba haber visto a la mujer inalcanzable consultar la hora, jugar con él con aire distraído. Estaba robando.

Un sentimiento de ira empezó a devorarlo el sentido común y tomó de la muñeca al chaval, que levantó los ojos con puro terror. No debía tener más de dieciocho o veinte años.

—Eso no es tuyo —le hizo saber en voz alta, con autoridad suficiente como para notar que el chico se había cagado encima del miedo.

—Claro que sí.

Que tratase de engañarlo solo avivó más la furia que hervía en su pecho. Apretó los dedos alrededor de la muñeca. Si presionaba más, podría romperle los huesos con facilidad.

—Suelta el móvil.

No hizo falta amenazarlo con llamar a la policía. Lo superaba en altura, edad y confianza en sí mismo. Era una combinación letal que sabía usar para su propio beneficio en las salas de junta y que lo había ayudado a engrosar el imperio familiar que iba atado a su apellido. Tristan sonrió para sus adentros cuando el muchacho salió pitando, dejando el teléfono sobre la mesa como si fuera una serpiente venenosa.

Tristan tomó el móvil y lo guardó en el bolsillo interno de la americana.

Genial. Quizá la suerte se había puesto de su lado, después de todo.

Fue hasta la salida, esquivó a sus amigos y emergió al aire frío de las noches de mayo.

Empezaba a chispear cuando descendió las escaleras que separaban la puerta del local de la calle. Miró a ambos lados, preguntándose si la mujer habría ido a la parada de metro más cercana o a la de taxis. El instinto lo movió hacia este último destino, así que sus pasos lo llevaron a la izquierda.

No tardó en encontrarla. Estaba sentada en un banco, arrebujada dentro de su chaqueta, mirando hacia otro lado, pues no muy lejos había tres hombres muy borrachos... increpándola.

El sentimiento de protección que se había adueñado de él cuando le había dicho que estaba divorciada o cuando había visto al ladrón de tres al cuarto coger su teléfono reapareció con fuerza.

—Vamos, nena, no puedes negarte —decía uno, agarrado a una farola.

Si se acercaban mucho más, iba a romperles la mandíbula a todos ellos.

—¿Cómo sabes que no te lo pasarás bien? —preguntó entonces otro, dándole un trago a lo que quedaba en su vaso de tubo.

—Paso —contestó ella, tensa, estirando el cuello. Sin duda, esperaba que un taxi la salvase de la situación.

¿Qué les pasaba a los hombres? ¿No comprendían que una negativa era eso, un no?

—Siento haberte hecho esperar, cariño —se encontró diciendo, dando un paso hacia el banco.

Catalina se giró en dirección a la voz grave que sonó a su espalda y abrió los ojos como platos al reconocerlo. ¿Qué hacía él allí? ¿Acaso era tan acosador como esos tres borrachuzos?

Sin embargo, la sonrisa afable que acompañaba a unos ojos azules y humeantes de ira en estado puro la hizo comprender que el desconocido del club no era un enemigo. Era un aliado. Su cuello se relajó al punto y las ganas de vomitar que le habían estrujado el estómago disminuyeron lo justo como para poder devolverle la sonrisa. Estaba más que dispuesta a seguirle el juego si con eso se libraba de esos tres pesados que no dejaban de insinuársele y de prometerle una noche de lo más entretenida tras unos contenedores.

—Perdón por haber tardado tanto, pero no encontraba tu teléfono. —Sacó el móvil del bolsillo de la americana y Catalina pensó que iba a echarse a llorar allí mismo.

Cuando había llegado a la parada de taxis, no había visto ni uno solo y esos tres habían empezado a acercársele, había intentado llamar para pedir uno, pero se había dado cuenta de que no tenía el móvil. Incluso había tratado de regresar al club, pero como no tenía sello para volver a entrar, el portero se había deshecho de ella sin importarle siquiera que hubiera tres hombres siguiéndola. Había vuelto a la parada con la mirada fija por encima del hombro, con esos borrachos pisándole los talones. Había creído que algún taxi pasaría en breve. Era Barcelona, de madrugada, en una zona llena de discotecas, por lo que era cuestión de tiempo que algún taxista apareciera por allí.

No se había dado cuenta de lo nerviosa que estaba, de lo mucho que temblaba, hasta que había visto a un desconocido que era una cara amiga en medio de aquella situación.

Se levantó y lo cogió, notando que el pánico helado que le había congelado las extremidades empezaba a ceder. Agarrar su teléfono la hizo sentirse más segura. Lo desbloqueó, dispuesta a marcar el número de emergencias. Entonces levantó la vista hacia el hombre de la discoteca. Había sido muy amable y estaba siendo de gran ayuda en una situación que podía volverse mucho más desagradable de lo que ya era.

Antes de poder darle las gracias, el brazo del hombre pasó por sus hombros y sus ojos volvieron a tomar aquel deje agresivo. Se dirigieron hacia los tres borrachos que los observaban con una mezcla de recelo y fascinación.

El abrazo se volvió más estrecho y Catalina se encontró aplastada contra el costado de él.

Estaba protegiéndola. No la conocía, no le debía nada. Incluso podría estar cabreado porque Catalina le había dejado claro que no estaba interesada. Pero ahí estaba, salvándole el pellejo de tres maleantes. Quería creer que no le harían ningún daño, que no eran más que tres treintañeros demasiado bebidos como para pensar con claridad y con un sentido nulo de la coordinación que pronto los alejaría del banco. La realidad era que el mundo estaba podrido, que cada pocos días resonaban en las noticias horribles casos de violación, maltrato y asesinatos. Había tenido miedo. Ahora empezaba a creer que estaba a salvo.

—¿Hay algún problema? ¿Te están molestando? —Su voz se había tornado mucho más grave, con un acento aún más marcado.

—Oye, solo te la estábamos cuidando —exclamó el tercero, levantando las manos y tambaleándose sobre sus pies—. No íbamos a hacerle nada.

—Si hubiéramos sabido que estaba cogida...

¿Acaso era una propiedad? Sintió asco.

—Largaos de aquí si no queréis levantaros mañana en un puto hospital —gruñó él.

Los tres tipos se fueron a trompicones, mirando hacia atrás de tanto en tanto. Sus expresiones iban del desprecio al miedo y a la decepción. Les habían aguado la fiesta y dejado como tres cobardes, pero eso eran, así que marcharse con el rabo entre las piernas resultaba lo más parecido a una victoria que Catalina iba a saborear esa noche.

Tristan la soltó en cuanto los hombres cruzaron la calle y desaparecieron tras una esquina, gritándose entre ellos. Meneando la cabeza, le tocó el cuello, los hombros. No parecía herida.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho algo?

Solo de pensar que, de haber llegado cinco minutos tarde, todo se podría haber torcido, tenía ganas de buscar a esas comadreas y dejarlas lisiadas de por vida.

—No. Todo... todo bien. —Vio pasar un taxi por su lado, demasiado deprisa como para detenerse y lleno de chicas menores de edad. Volvió a mirar al hombre y frunció

el ceño—. No tenías por qué ayudarme —relajó la expresión y le sonrió—, pero te lo agradezco.

—No ha sido nada. —Él le devolvió la sonrisa—. No están pasando muchos taxis, pero yo tengo una aplicación de transporte privado. Toma. —Le tendió su propio teléfono, ya desbloqueado y con la página abierta—. Pide uno, pon tu dirección.

Catalina contempló la pantalla iluminada como si fuera un extraterrestre. Notaba que el calor empezaba a inundarle las mejillas. Pagar un taxi era una cosa, permitirse un chófer privado era otra muy distinta. Ella no tenía ese dinero, no desde que estaba en paro y cobraba una verdadera miseria que apenas le daba para cubrir el alquiler. Si no fuera por los ahorros que pagaban la comida, las facturas y el seguro médico del gato...

—Yo... no, no puedo...

Él pareció comprenderla porque su sonrisa se hizo todavía más dulce. Maldición. Era mucho más guapo bajo la luz de las farolas que bajo los focos multicolor del club.

—No te preocupes. Hazlo.

Obedeció porque llevaba allí varios minutos y solo había pasado un taxi... no disponible. Era mejor aceptar su caridad, aunque eso la avergonzase. Introdujo su dirección en la aplicación y pulsó el botón de solicitar transporte. Una ventana apareció en la pantalla, informándola de que Arturo llegaría a la ubicación actual en menos de cinco minutos.

El alivio la recorrió por entero.

—Gracias. —Le devolvió el teléfono y se sentó en el banco. Él se acomodó a su lado—. Puedo esperar sola. Has espantado a esos tres, no creo que vuelvan.

En realidad, no tenía ganas de que se fuera. ¿Y si se equivocaba y regresaban en busca de venganza y la encontraban sola? Un hombre con el ego herido era impredecible. Tres eran un verdadero peligro.

—Me quedo.

—Pero...

El hombre le sonrió un poco más mientras estiraba las piernas cuan largas eran.

—Deja de pensar.

Si fuera tan sencillo...

—No quiero aguarle la fiesta. —Se sentía culpable.

La verdad es que aquella discoteca tampoco era para él. Solo estaba allí porque su secretario le obligaba a salir una vez al año para relacionarse, a poder ser en el cumpleaños de algún compañero de universidad. Esa noche había accedido a estar ahí porque Rafael había amenazado con no jubilarse si declinaba el plan y, demonios, ese hombre merecía un descanso tras tantos años al servicio de su familia. Tristan no podía permitir que cumpliera su amenaza, porque lo haría. Rafael los tenía bien puestos.

—Estaba aburrido ahí dentro, así que no le des más vueltas. Mejor vuelvo para casa.

Una desconocida acababa de darle una excusa para irse sin que ninguno de sus amigos lo cuestionase.

—¿Vives aquí? —Se sorprendió, y no pudo esconderlo.

Cerró la boca antes de que se evidenciara que la había pillado con la guardia baja. No sabía qué la asombraba más: que quisiera irse sin probar suerte con otra chica que pudiera caer en sus encantos o que tuviera residencia en Barcelona.

—¿Pensabas que estaba de paso? ¿Por mi acento, quizá?

—El tono burlón de las preguntas la hizo enrojecer. Había dado en el clavo—. No eres la primera persona que se piensa que soy un turista que visita la ciudad.

—Lo siento.

La mano del hombre se posó sobre la suya y le dio un apretón. No había nada sexual en el gesto, pero bastó para que la sangre de Catalina se volviera magma volcánico. Ahí estaba de nuevo, esa sensación de vértigo, de deseo. Trató de disimularla, sonriendo un poco más. Como la conversación continuase, no sabía si iba a poder articular palabra.

—¿Quieres que compartamos coche? —ofreció él, mirando hacia la calle, esperando ver el coche negro que iba a venir.

Catalina escuchaba con una neblina espesa en los oídos y en la mente. Solo era consciente de que sus manos seguían juntas, dándose calor. Tragó saliva. Le parecía de mala educación negarse, teniendo en cuenta que él acababa de salvarle el pellejo, que le había devuelto su móvil y que estaba pagándole la vuelta a casa. Asintió.

—De acuerdo.

Iba a arrepentirse. Estaba segura. Se terminó de convencer cuando él sonrió como si acabase de confesarle que

había ganado la lotería y sus dedos volvieron a apretar su mano, sellando un extraño pacto que los convertía en compañeros de taxi.

Desvió la mirada rápidamente hacia los adoquines y contempló los panots que los adornaban. Intentó perderse en cada curva que hacía el dibujo, pero tenía una presencia al lado que irradiaba poder y magnetismo. Casi dio un bote cuando él la soltó para pasarle un mechón rebelde tras la oreja.

—Espero que sepas que yo no soy como ellos. Puedes pasarle una foto de mi carnet de identidad a tus amigas y enviarles tu ubicación en tiempo real si te quedas más tranquila. Prometo no secuestrarte.

No estaba bromeando, había sacado la cartera y se la tendía. Catalina negó con la cabeza y empujó la cartera hacia la americana para que él volviera a guardarla. Se fiaba. No solo porque se había ofrecido a mantener informadas a Andrea y las demás, sino porque se había comportado como alguien bondadoso. No creía que fuera un lobo con piel de cordero. Quería confiar, aunque no sabía bien para qué le servía esa creencia.

—Oh, ahí está el coche —susurró, levantándose de un salto y acercándose al taxi de lujo que aparcaba frente a ellos. Un hombre con canas y arrugas en las sienes salió del asiento del conductor y se le adelantó para abrirle la puerta de atrás—. Gracias, Arturo.

Por lo menos tenía memoria fotográfica y recordaba lo que aparecía en la aplicación, como el nombre del chófer.

—No hay de qué, señorita. —La sonrisa fue amable, lo cual la enterneció, viendo los acontecimientos de aquella madrugada. Era la peor salida nocturna que había tenido en siglos, sin duda—. Señor.

—Buenas noches, Arturo.

Se sentaron detrás y a Catalina se le antojó muy pequeño el espacio. Miró hacia aquí y allá sin saber qué hacer con las manos o los ojos.

—Pero ¿qué...? —casi gritó cuando las manos del tipo recorrieron su cuerpo, aunque pronto se dio cuenta de que estaba atándole el cinturón de seguridad. Él esbozó una sonrisa divertida, pero no dijo nada mientras terminaba de pasar las correas por sus caderas—. Perdón. Estaba abstraída y...

—Lo importante es tu seguridad —comentó él.

Catalina empezó a ofenderse. No parecía afectado por su cercanía. Joder. Se suponía que en el club estaba tirándole los tejos y ahora... ¿ahora nada? ¿No sentía ese fuego abrasador en las entrañas? Catalina notaba esas molestas mariposas en el bajo vientre desde que le había pasado el cinturón por el cuerpo. Una parte de su cerebro se había desconectado y su clítoris había palpitado, deseando más.

No creía en el amor y mucho menos en el sexo sin sentimientos. Irse con un desconocido no era algo que Catalina soliera hacer, porque mantener relaciones con gente que no le aportaba nada a su corazón le parecía insulso y vacío. Además, cuando se había acostado con Julio y el otro idiota se había sentido tan culpable, como si

todavía estuviera atada a Fran y le debiera una fidelidad que él no había respetado. Sin embargo, cada vez le estaba siendo más difícil mantenerse cuerda y no abalanzarse sobre su acompañante.

Estaba empezando a sufrir alucinaciones. Él estaba tranquilo, distendido, cero afectado por su presencia. Era su imaginación la que divagaba, creando escenarios, sonidos. Toda esa tensión sexual que le impedía moverse estaba en su cabeza y se retroalimentaba hasta convertirse en una bola de fuego que devoraba el oxígeno a su alrededor. ¿Sus hormonas se creían adolescentes? Una colonia masculina no había provocado ese efecto en su sistema nervioso desde los quince años.

—¿Puedo abrir la ventana? —preguntó, sintiendo que estaba a un paso de empezar a tartamudear.

Tristan contuvo una sonrisa. Aunque no había dicho qué le ocurría, la comprendía a la perfección. Necesitaba aire fresco. Necesitaba respirar. Meterse en un espacio tan reducido con alguien que podía avivar ciertas llamas nunca era buena idea. Él también se preguntaba si había sido un error sugerirle si podía acompañarla. Lo cierto era que no tenía necesidad alguna de regresar ya a casa, pero no se quedaría tranquilo hasta dejarla en el portal.

—Por supuesto. —Señaló el brazo de la puerta con el mentón—. Es el botón de la izquierda. Si pulsas el de la derecha, levantas una pantalla entre esta zona y el asiento del conductor.

Ella asintió y miró el diminuto panel con interés. Era

mucho más bella fuera del club, con el pelo de un precioso color rubio ceniza, ojos que mezclaban el color del cacao con el naranja del otoño, pecas en el puente de la nariz y unos labios carnosos que pedían a gritos ser adorados cada noche. Ni siquiera la tenue luz cálida del asiento trasero podía privar a Tristan de semejantes vistas...

Aunque estaba tentada de probar algo tan innovador y lujoso, pues sabía que jamás volvería a montarse a un vehículo así, Catalina prefería que la brisa le resfriase el cuerpo. Puso el dedo en el botón de la izquierda y la ventana descendió. La noche de mayo era fresca y olía a tráfico, a la promesa de un verano caluroso. Varios escalofríos le lamieron la columna vertebral y ella notó cómo la temperatura de su rostro descendía en cuestión de segundos. Se apoyó en el lateral del coche y dejó que el aire le acariciase las mejillas, agradecida de tener una vía de escape.

Sintió la sombra del cuerpo masculino sobre el suyo y se volvió con rigidez hacia el hombre, que estaba inclinándose sobre ella. La tapó con su americana.

Fue un gesto dulce e inesperado que la dejó sin palabras.

—Tienes la piel de gallina—informó con una sonrisa.

Catalina no podría decir si era a causa del aire o de su proximidad. Estaban a un palmo. Sus narices podrían rozarse si ella avanzaba un poco el rostro hacia él.

No pudo evitarlo. Sus ojos descendieron hasta la boca del desconocido y la fiebre volvió a inundarla como un río de lava que arrasaba todo a su paso. Quería besarlo. Quería sentir esos labios sobre los suyos. Nunca había tenido esa

necesidad de besar a alguien; ni siquiera le había sucedido con Fran, y había amado con locura a su exmarido.

No sabía ni su nombre.

Le había ofrecido el carnet de identidad y no lo había aceptado. ¿Cómo podía sentir aquella opresión en el tórax si no se habían intercambiado ni los nombres?

Él sonrió de medio lado cuando se percató de la dirección de su mirada y se inclinó todavía más. Lo hizo hacia la ventana, no en su dirección. El cuello del tipo quedó expuesto a escasos centímetros de su boca. Igual de tentador. A Catalina se le secó la garganta. Sería muy sencillo morderle la piel, sentir el cosquilleo del nacimiento de la barba contra la boca.

Definitivamente, su sentido común se colaba por el desagüe.

Catalina se mordió el labio inferior y apenas le prestó atención a cómo cerraba la mampara que los separaba de Arturo, creando así un espacio más cerrado, íntimo. Lleno de deseo.